

## La rebeldía

Juan Manuel Checa<sup>1</sup>

*A mi padre*

Un detalle irrelevante, pero que puede gozar de cierta importancia, descuella con timidez al afrontar el maremágnum de actitudes, declaraciones, actividades y consignas de eso que se ha dado en llamar (entre otros muchos calificativos) el 15-M. Se trata de lo vacías e inánimes que estaban hasta casi el día de hoy las plazas de las grandes ciudades de este país. Es una nimiedad de peso, una insignificancia notable, porque la democracia urge, sin duda posible, de un espacio público, si se me permite la expresión, *transpersonal*, de deliberación, concierto, acciones conjuntas... ámbito que antaño estaba destinado al ágora, la plaza pública griega, el cual no podía separarse de los conatos democráticos que ya conocieron los que sin duda son nuestros más eximios precedentes. Los arrecifes de cemento y hierba, breves momentos de paz que pueblan algunos márgenes de la orbes, han revelado, merced a las actuales convulsiones, que su excesiva y retirada tranquilidad era una apariencia inconveniente, algo parecido a una máscara mortuoria. El comedor de pájaros que tradicionalmente constituía la Plaza de Cataluña o el nudo del tránsito peatonal que era la del Sol han ido dejando sitio a la reivindicación, a la fantasía. La ciudadanía ha vuelto a recuperar las calles, lo que no debiera extrañar o molestar a nadie.

Al revés, cabe mejor la congratulación, pues no sólo se trata de otra conquista cívica; es asimismo el correlato físico que con timidez brota de las redes sociales, la sedimentación práctica del fluir comunicacional que nos vincula a todos los que poseemos un ordenador conectado a Internet y estábamos reducidos, o en un primer momento eso parecía, a un aislamiento forzoso. La conjura de la gente, las causas multitudinarias, siempre ondean con alegres colores. Ahora bien, ¿nos hallamos ante un hecho sin antecedentes previos, por decirlo de alguna manera, excepcional, o se trata de una nueva variación de un suceso demasiado familiar? Es mejor no precipitar las respuestas, al menos sin ensanchar la vista e ir, como conviene, más allá, perderse un poco por los vericuetos ambiguos de la memoria. Las ya tradicionales griterías que saludan el homenaje de los políticos a Casanova, durante el día grande de Cataluña, o las que se dirigen por lo general al gobierno de España (paradójicamente desde individuos que debieran demostrar un respeto mayor debido a sus filiaciones políticas), el día de las fuerzas armadas, denotan no sólo un preocupante –por creciente– analfabetismo social,<sup>2</sup> expresado en la indife-

---

<sup>1</sup> Seminario Filosofía Política. Unversitat de Barcelona.

<sup>2</sup> Perceptible en otros tantos ámbitos y con una vitalidad que la crisis actual no hace sino incentivar. Por ejemplo, no deja de ser curioso que los ciudadanos reclamen al mismo tiempo unos servicios públicos de calidad y baratos al mismo tiempo. Como si fuera posible recortar impuestos sin que la eficacia de los hospitales o los recursos de los colegios se viesen afectados. Se trata de una ignorancia que todos parecen suscribir: nadie se ha tomado el trabajo –al menos en este país– de buscar a los responsables del colapso financiero e inmobiliario,

rencia que muchos parecen demostrar ante el sentido de las ocasiones notables, esas efemérides que por su extraordinaria *singularidad* parecen demandar un comportamiento extraordinario (*savoir-faire*) a su vez. También reflejan la existencia de un abismo, no menos inquietante, entre la clase política y la sociedad civil (recuérdese al efecto las espontáneas manifestaciones que dio pie el 11-M, otra fecha para el recuerdo). Ante estos antecedentes la rebelión de la que me estoy ocupando pierde poco a poco las peculiaridades que parecían hacerla tan especial. Al contrario, alude a un fenómeno del que participan, con diferente grado e importancia, las cuatro. O dicho de otra manera: ese analfabetismo social al que hacía referencia es el resultado de otro mayor, negativo –con probabilidad pésimo–, mas ineludible: el analfabetismo político.

Cuarenta años de dictadura no sirvieron (y pido una disculpa por el sarcasmo) para convertir a este país en una democracia occidental. Debiera parecernos significativo que convenga al último nombre un adjetivo que se podría calificar como topónimo, a pesar de que no añade nada a la calidad de un sistema democrático el hecho de haber visto la luz en ámbitos nórdicos (los que gozamos de climas más australes estaríamos por oposición condenados a la tiranía). Se trata más bien de advertir que las condiciones económicas, sociales, culturales, incluso religiosas de los países del Norte posibilitaron (y después fortalecieron) las primeras manifestaciones democráticas. Hay que decir con tristeza que tales supuestos nos resultan desconocidos por aquí, o mejor dicho, hemos alcanzado cierta familiaridad con ellos gracias a que el vínculo merced al cual la tradición nos unía al pasado, definiéndonos frente a la indiferenciada masa de otros individuos o a la colorida diversidad de otras culturas, ha perdido sólo una pequeña parte de su vigor secular. Pero sólo una pequeña parte. La conclusión, y eso es lo triste, es que aquéllos no se han asumido con plenitud, no forman parte de nuestra esencia (y menos aún de nuestra herencia). El nacionalcatolicismo (término que empieza a caer en sospechoso desuso si se compara con sus naturales congéneres: fascismo o nazismo) restauró un modelo unitario de autoridad –que contrastaba dolorosamente con el pluralismo ideológico de la derrotada república–, cargada de inequívocos tintes religiosos rebozados por una tecnocracia que se decía democrática para no levantar más suspicacias de las debidas allende los Pirineos.

El resultado fue una ingeniería social de la que tardamos lustros en librarlos; desde luego, la muerte del dictador, la restauración monárquica y ese dulce momento llamado la transición (que debiera ser objeto de un análisis más desapasionado que los habituales) no supusieron, ni de lejos, una ruptura firme con las inercias de la época anterior. Era cuando menos probable. Si Hegel tiene razón, y somos hijos fieles de nuestro tiempo, no podemos prescindir de las determinaciones del pasado, puesto que nos constituye casi esencialmente. La memoria no supone una sucesión de fotografías mentales con la que solazarnos durante la moli-

---

mientras que algunos de nuestros empresarios más adinerados parecen suponer –por lo que cabe deducir de sus declaraciones– que son parados y funcionarios los verdaderos responsables de la debacle actual. O son muchos los que proclaman con alegría que nuestros hijos serán la primera generación que viva peor que sus padres, cuando lo cierto es que el bienestar de todos está íntima y dramáticamente ligado: si nuestros vástagos no cotizan lo bastante, peligrarán nuestras pensiones.

cie; es también un instrumento con que nos dotó la evolución para una mínima supervivencia, quizá para un reducido confort asimismo, en este mundo. El dramático vínculo que une a la identidad del sujeto con su propia retentiva se pone de manifiesto merced al mal de Alzheimer, que se complace en romperlo y reducir en apariencia al que lo padece a la absurda condición del niño o del juguete<sup>3</sup>. Por otro lado, ¿quién no se extraviaría si olvidara el camino a casa? ¿Alguien podría a trabajar si no recordara cuál es su trabajo? De alguna forma somos nuestros recuerdos.

Así, debemos a lo más relevante de los hechos que vivimos la ardua constitución de nuestro ser, la posibilidad de conseguir un destino. Conforman las provincias que habitamos, tantas como ilimitado es al cabo el pensamiento, y dejan la leve mas inconfundible huella de la temporalidad, el rasgo esencial de las creaciones humanas, si bien con las inequívocas advertencias del pretérito, con su renuencia a dejar de ser. La implantación de la monarquía parlamentaria así como la posterior puesta en marcha del texto constitucional no supusieron, a la larga, un verdadero divorcio con el régimen anterior. Una somera lectura de aquél avala esa suposición. Desde el papel que, entre otros, tiene el ejército a la hora de preservar la unidad de la nación, el carácter aconfesional del Estado, que, so capa de una falso laicismo, garantiza a la religión católica todos o buena parte de los privilegios que ha ido conquistado en siglos de connivencia con el poder, la ausencia de límites temporales en el ejercicio del poder, si éste es electo<sup>4</sup>, la necesidad de que sean los parlamentos (central y autonómicos) los que elijan al jefe del ejecutivo, con frecuencia en detrimento de la voluntad popular, o el carácter falócrata de la monarquía actual y aun su efectiva restauración (el único deseo político de Franco), son homologables casi hasta igualdad con el espíritu del nacionalcatolicismo.<sup>5</sup>

Por otro lado, también es verdad que la Constitución actual sentó las bases de la democracia en España, así como la estructuración autonómica del país. Sin

---

<sup>3</sup> Me hago eco de una peculiar superstición que la dolencia inspira. Se supone que quien la sufre retrocede a una etapa anterior y queda convertido en algo parecido a un niño. Las semejanzas entre esta enfermedad y la infancia (propiamente la lactancia) se justifican merced al hecho de que ni el paciente ni el menor piensan: el primero porque ha perdido la capacidad de hacerlo, el segundo porque todavía no la ha adquirido. No hay que darle más vueltas al asunto: la actividad mental (pensamiento, memoria, fantasía) procede del cerebro. Si éste sufre una lesión fatal, un mal irreversible, su función se atenúa o desaparece. Tras o después de la vida, no queda nada; la muerte es un dejar de ocurrir. Aquí el espíritu carece de valor.

<sup>4</sup> Una clara herencia franquista, antidemocrática y obsoleta; baste sino recordar que el anterior presidente del gobierno tan sólo gobernó durante dos legislaturas, idéntico período de tiempo que tendrá destinado (todo indica eso) el actual; se trata por lo demás de hechos perfectamente habituales en las democracias, incluso en la española, cuya única excepción fue el lamentable caso de Felipe González, a mi juicio el peor presidente que ha tenido este país. A los hechos me remito: devastadora crisis económica al final de lo que fue su mandato, corrupción generalizada, traumáticas reconversiones, entrada en la OTAN (cuando no se quería hacerlo *de entrada*), terrorismo de Estado (el Gal), aumento absurdo del funcionariado y promoción de las Empresas de Trabajo Temporal, esto es, la temporalidad del empleo, y el tiro de gracia a la República (consintió incluso que se beatificara a los religiosos asesinados antes de la guerra civil), a la que sólo reverenció otorgando una pensión a quienes lucharon en su defensa, lo que por cierto contrasta dolorosamente con el tradicional compromiso del partido socialista a la causa republicana.

<sup>5</sup> Es cierto, por otro lado, que hay también en la Constitución artículos que parecen denotar cierta sensibilidad social, como es el caso de la libre sindicación o de huelga, aunque este último resulta de facto inviable, sobre todo en el sector privado, o el carácter gratuito y universal de la primera enseñanza, que ha de competir empeño con el monopolio (prácticamente intocable) que tiene la iglesia católica en lo que se refiere a la educación privada. Del derecho que los españoles tienen a una vivienda digna prefiero no hacer comentarios.

embargo, me temo que las reivindicaciones del 15-M cobran aquí una fuerza desmesurada, dado que denuncian lo que a su juicio (y si se me permite la confesión también al mío) es un craso vicio del sistema electoral que padecemos, el cual parece destinado desvincular al gobernante del gobernado, ahondando aún más el abismo que divorcia a los dos. De ello surgió el grito de guerra –por lo afortunado, célebre–, de no nos representan (cuya construcción recuerda aquel famoso «no pasarán» clamado por los republicanos madrileños), que puede ser la consecuencia, como dije más atrás, de un largo proceso de desencanto ante el poder establecido. Y nada cambia: no son perceptibles las diferencias que separan al actual líder de la oposición del candidato que presentará el partido socialista las próximas elecciones: grises, conservadores (con su necesario punto de populismo), quizá eficaces en las lides políticas, pero que comparten idénticos planteamientos en lo que se refiere al libre mercado y el mundo empresarial,<sup>6</sup> por lo que presentan al electorado, principalmente juvenil, la temible dicotomía que supone elegir entre el cólera y la peste. De hecho, nuestro propio imaginario político se debate entre tales opciones, como si fuera absurdo suponer que no cabe más alternativa que ese par. La posibilidad de que un tercer partido llegue a descollar o de que una agrupación joven y dinámica, mas minoritaria, aspire a una representación digna, resulta, con las leyes electorales vigentes, poco menos que una utopía. Se impone una reformulación.<sup>7</sup>

El estado autonómico (la minúscula es irónica) plantea problemas diferentes desde características afines a las antes formuladas. Su origen constitucional se revela como su peor enemigo, entre otras cosas porque el nacionalismo periférico<sup>8</sup> aboga por la efectiva superación de las autonomías. Reivindica una nueva relación fiscal y mayores competencias, aunque lo cierto es que, tras esas exigentes apariencias, se oculta la pretensión de alcanzar una organización estatal propia o federada. Si eso es posible o no, legítimo o ilegítimo, no cabe discutirlo aquí; me interesa más poner de manifiesto cómo el proyecto secesionista o el que demanda un cambio radical con respecto a pretéritas ordenaciones territoriales tienen por origen común el descontento, o al menos, cierta desconfianza hacia el texto que regula la vida civil y política de este país. En rigor, su alto grado de institucionalización (jefatura del Estado, parlamentos y senado, tribunales de justicia, ejércitos de funcionarios, etc.) fomenta un gasto incrementado por la aspiración de algunas comunidades de asumir prerrogativas impropias de sí (por ejemplo, las famosas embajadas que Cataluña tiene abiertas por el mundo), lo que a la larga comporta una factura que sólo

---

<sup>6</sup> Como no podía ser de otra manera: el texto constitucional –volvamos a él– sentó las bases de lo que iba a ser la política económica actual, esto es, el predominio de la economía sobre cualquier otra cosa. Si sumamos el claro conservadurismo inherente a muchos de sus planteamientos, incluso en los derechos humanos (el que defiende la vida es el primero de todos y siempre ha de serlo en efecto para los conservadores), no debe extrañar a nadie el auge de la extrema derecha por estas lindes ni su progresiva mas imparable implantación en la todavía reciente televisión digital.

<sup>7</sup> Bien es verdad que esto contrasta con el caso de Cataluña, cuyo arco parlamentario denota un inequívoco pluralismo político. Da auténtica pena constatar cómo virtud tan loable pasa a un segundo plano durante esas trifulcas –demasiado populares– que tratan de descalificar la vocación nacional y la vida política catalana.

<sup>8</sup> Con ese nombre pretendo aglutinar no sólo a una serie de fuerzas políticas (principalmente catalanas y vascas) que consideran una nación su propia tierra, sino también a agrupaciones, asociaciones culturales y otras entidades que participan de la misma convicción (y en idénticos lugares). De hecho, es plausible suponer que tienen por común denominador –tras tantas y tantas diferencias– esa adhesión, variable como todo, a la patria.

cubrirá el ciudadano medio. La falta de recursos financieros conlleva, en este sentido, una clara deslegitimación del gobierno central, que pasa a ser considerado casi el único responsable de un declive que amenaza con arrastrar a las instituciones autonómicas, y de estas últimas asimismo, si sus políticas de austeridad no resultan eficaces. En otras palabras, la crisis económica se está convirtiendo en un arma arrojadiza entre las distintas autoridades que conforman este país<sup>9</sup>, a pesar de, o precisamente por, la ineficacia de todas a la hora de darle una solución definitiva, de dejar atrás al fin una pesadilla que ya dura demasiado tiempo.

La Constitución no resuelve, antes al contrario, incentiva toda esta problemática, dado que avala un modelo de gobernabilidad, una visión de España, sólo sostenible desde la sociedad del bienestar. Que ésta haya quedado malherida, según las justas reivindicaciones de los que se aglutinan bajo el 15-M, o que nos hallemos en tránsito hacia otro modelo social, por el deceso del anterior, es una cuestión de la que sólo es posible especular. En ambos casos se ha generado el suficiente descontento como para que se reclame un nuevo estado de cosas. Soy consciente de que las exigencias del presente artículo están quedado al margen para ser sustituidas por un nuevo discurso, ambicioso y altisonante, cuyas pretensiones traicionarían mis deberes primigenios. En otras palabras, puedo estar metiéndome en camisa de once varas al desarrollar toda una crítica a nuestra esencia jurídico-política a partir de la sazón, más bien modesta, de especular con las razones o motivos que movieron a las pasadas manifestaciones ciudadanas. No sé si merezco alguna disculpa, aunque me temo que las exigencias que plantearon asambleas, reuniones populares, etc., alcanzan verdadero valor si se las vincula a nuestra historia reciente, sobre todo a sus errores, los cuales justificarían el malestar de hoy. No, a pesar de lo que suponen algunos, no se trata de botellones ni del jolgorio que provocan niños malcriados (baste sino constatar el abanico de edades que constituyen los manifestantes) ni menos aún de una nueva modalidad de terrorismo (como pretende la extrema derecha). No, es un conjunto de reivindicaciones, protestas y demandas que nos pone a todos, a nuestro presente, pasado y futuro, en el punto de mira.

Una crítica afín es la que lleva a cabo Hessel a través de una obra cuyo título parece vincularse al espíritu de la rebelión actual, si bien entre el primero y la última media un abismo ahondado por los dos al unísono. Voy a dejar de lado la crítica fácil que está en denunciar el oportunismo económico que supuso la publicación de su libro en estos difíciles momentos. Prescindiré también de advertir que, a pesar de lo que plantee el antiguo resistente, los nuevos enemigos poco o nada tienen que ver con los de antaño. Es posible que, como afirma, los valores de la Resistencia se hayan colapsado, su fin sea la causa de la debacle que todavía perdura, mas se puede inferir asimismo que fue el mundo vencedor de la Segunda Guerra Mundial (y de la Guerra Fría) el que está entrando en barrena. La falsa tolerancia de la economía de mercado (favorable a los flujos migratorios sólo cuando

---

<sup>9</sup> Nuestro texto constitucional, mal que pese a muchos, no ha sabido articular una idea positiva, generosa, de lo que debiera ser la nación española, aun cuando ése es un problema secular. No es posible hallar equilibrio alguno entre las culturas e idiomas que constituyen este país y la que suele recibir el nombre de española. Se diría que estamos abocados a la disgregación o a la castellanización sin que quepa un saludable término medio.

éstos implican una mano de obra barata) o el excesivo crédito que inspira la iniciativa privada, en detrimento incluso del bienestar general, empiezan a verse cuestionados por los hechos. La moral que derrotó al totalitarismo (y que alienta al viejo resistente) demanda una renovación, puesto que los desafíos han cambiado. Hessel asume este hecho, pero no dice gran cosa, hasta donde alcanzo a ver, de las estrategias a seguir. Con la disidencia únicamente no basta.

Otra diferencia con la época que le tocó vivir está en la necesidad de que, según él, una minoría activa dirija a la masa. Sin duda recuerda el papel de los grupos organizados ante la ocupación nazi, hecho que guarda algún paralelismo con la revolución soviética o el compromiso de buena parte del pueblo español, durante la pasada centuria, con su república. De hecho, Ortega y Gasset consideró como la verdadera clave del dinamismo social, en tanto que acontecimiento revolucionario, la subordinación de una mayoría, por definición inculta, a una elite mejor preparada. Sin embargo, cualquiera que recuerde a los indignados españoles comprobará la falsedad que estos planteamientos acarrear: se trata comúnmente de individuos correctos, quizá con formación universitaria, que podían desempeñar cargos importantes dentro del movimiento, mas acaso organizativos o de mera asesoría. No demostraban tener necesidad alguna de un líder visible y más o menos absoluto. Esto es lo que nos distingue del siglo del combatiente galo o del pensador español: la suya fue una época que no garantizaba el acceso de todos a los bienes culturales, donde la cultura quedaba reducida al ámbito de lo literario (con la excepción del pujante cine). Es un tiempo que queda atrás, y me atrevo a suponer que las redes sociales contribuyen en muy buena medida a esa deslegitimación de la autoridad, al evidente cuestionamiento de la misma, lo que podría justificar con el ejemplo de los motines con los que arde el norte de África.

Tampoco son asumibles sus posibles soluciones, entre otras cosas porque basculan en una indeterminación evidente, consecuencia tal vez del origen oral de la obra. Se puede percibir en sus alusiones a la violencia. Por un lado, se postula como un claro adversario de la misma, lo que le induce a rebelarse, y con sobrada razón, ante las injusticias del conflicto árabe-israelí. Proclama la eficacia de una lucha civil, exenta del fácil recurso de la fuerza, de la venganza; una prueba lamentable de su escasa formación filosófica. Vamos por partes. Si algo tienen en común el discurso del fin de la historia y de las ideologías, aparte —y como consecuencia— de proclamar la supremacía de una determinada visión (política, económica, social, etc.) del mundo, es la de asegurar, de una manera implícita, que no hay alternativas a la situación actual. No cabe preguntarse si es mejor o peor, más o menos injusta que cualquier otra, porque, de lo que se trata precisamente, es que no hay algo así como cualquier otra. Podemos fantasear con mundos donde triunfe la solidaridad sobre la competencia, mas se tratará, al fin y al cabo, de utopías inviables. Lo que hay es lo que hay.<sup>10</sup>

---

<sup>10</sup> A este hecho lamentable también ha contribuido grandemente la posmodernidad, última moda en lo que al pensamiento se refiere. Convendría analizar su connivencia con los planteamientos más conservadores y su inapreciable auxilio en lo que al sostén de los últimos se refiere, sin embargo, confieso que me falta paciencia para meterme en tan filosóficos berenjenales.

Ahora bien, los que tuvimos la suerte (o la desdicha) de conocer el período histórico llamado la Guerra Fría, sobrevivimos al mismo con la seguridad de que todo objeto, idea, postura o lo que fuere, no siente mayor repugnancia por la refutación de lo que a simple vista pudiera parecer. En otras palabras, es concebible (dado que la parcela de la historia que conocimos así parece probarlo) una situación, institución, doctrina... diferente o incluso opuesta a las actuales. El realismo, en cuanto teoría de la realidad, es tan sólo la plena consciencia de la posibilidad. Lo que existe presupone la negación, las cosas son como son porque antes no fueron; si son necesarios los ejemplos: trabajamos mejor durante el día tras una noche de un sueño reparador, o somos adultos puesto que antes fuimos niños. Así, *a priori* todo es revisable, todo es mutable, si bien, y por lo general, no lo es de suyo, demanda de una ayuda ajena, de una potencia exterior que posibilite la comparecencia de la novedad. La violencia forma parte de esta clase de elementos. Cuidado: no todo cambio es violento, pero la violencia es desde luego un cambio. Al comprensible rechazo que ésta despierta en muchos se une, por los oscuros vericuetos del inconsciente, la suposición de que implica un peligro inequívoco para lo existente, una prueba clara de su probable desaparición. Y que nadie se llame a engaño en este punto: el desprecio que hoy nos inspira el uso de la fuerza, nuestro desmayo ante la visión de la sangre o el pacifismo ciego que decimos detentar no son sino nuda pose o hipocresía pura, propias ambas del ámbito del eufemismo y la apariencia que constituye lo políticamente correcto. La verdad es que llamamos operaciones de paz o intervenciones humanitarias a las guerras, en las cuales hay bajas de todos los bandos (aunque los medios de comunicación se tomen la penosa tarea de dar a conocer sólo las nuestras) y donde el enemigo siempre es un terrorista.<sup>11</sup>

Esta última figura goza por cierto de peligrosas ambivalencias, entre las que destaca su carácter subversivo, su odio a la estructura estatal. Pesa sobre él la condena de quien exige variaciones y denuncia lo inmediato poniendo de manifiesto la precariedad inherente a las cosas, a una situación que, en contra de lo que sostenga una mayoría hipnotizada, puede ir a más. Sin embargo, la historia nos demuestra que, para lograr algo así, se requieren grandes sacrificios, algunos incluso inhumanos, esto es, violentos. La sed de paz oculta un indiscutible conformismo. Media España arde con los que se autodenominan indignados, Hessel a su vez anima a la indignación y el tiempo corre en contra de todos, porque si aumentara el paro, o cayésemos postrados ante la humillación de un rescate internacional, o desaparecieran los últimos vestigios del Estado del bienestar (es decir: la sanidad y la educación universales), si ocurriera esta lamentable serie, la lógica irritación y las justas reivindicaciones que conocemos degenerarían en algo peor. Sobran los ejemplos. Hessel toma un verso de Apollinaire (*Que l'esperance est violente*) para darle la vuelta y

---

<sup>11</sup> Los atentados islamistas en Estados Unidos y Europa respectivamente propiciaron una modalidad de la retórica política que no por falsa ha resultado menos eficaz. Se trata de una variante de lo que en lógica se denomina como falacia *ad populum*, pero que incide en aquella dimensión que acaso sea lo más universal que posean los seres humanos: el temor. Se han promovido conflictos y recortado libertades alegando que se trataba de estrategias justas en la lucha contra un adversario en la práctica invisible, casi cercano a los sueños, sin duda porque es difícil destruir un rostro humano. Desde luego, semejante ardid ha obtenido resultados espectaculares y es muy improbable que vaya a quedar en desuso: seguramente no hay soberano más grande que el miedo.

proclamar una esperanza no violenta como verdadero motor del cambio y de la paz: ni siquiera su propia experiencia como resistente le daría una base para creer en eso.

La obra concluye con una idea, más bien una doble afirmación, que no desarrolla, a pesar de las infinitas posibilidades que entraña, puesto que quizá sea la más importante de todas las que presenta, y ciertamente es actual a rabiar. Se trata de la creatividad. Nuestro tiempo se caracteriza por un culto incesante, una invocación sin límites ni precedentes a la propia inventiva, rasgo distintivo de una sociedad marcada –dominada– por la publicidad y el mercado. Si el positivismo perseguía el dominio mecánico-científico, bajo el paradigma de la lógica y de la matemática, las nuevas tecnologías, cuya razón de ser escapa al abrupto automatismo de la máquina, generan, junto al ecologismo o la consciencia de que urge una nueva relación con el mundo, actitudes y actividades propias de un creador (incluso de un poeta), con independencia de cuál sea la función laboral o la verdadera vocación del individuo. Desde tal punto de vista, la imaginación, la capacidad para producir o detectar novedades deviene un elemento fundamental, casi imprescindible en nuestra existencia cotidiana. No conviene asimismo infravalorar su importancia a la hora de presentar alternativas, de promover estrategias, empero no será el motor definitivo de los cambios radicales, a pesar del ascendiente social que tiene hoy, porque éstos son, y no pueden dejar de ser, violentos. La evidente fantasía de algunos planteamientos revolucionarios se hubiera revelado inútil sin la asistencia de la fuerza. Al mismo tiempo, hay elementos lúdicos, creativos, en la violencia, aun en el Terror<sup>12</sup>. Se debe prestar cierta atención a la importancia que demuestran tener en lo que se refiere a una mutación efectiva, radical, de lo que hay.

Porque eso es, al fin, la rebeldía. No se trata de una insistente comezón que aparece durante la adolescencia, cuando la ambigüedad propia de las edades no determina el lugar del joven, exiliado de la infancia y de la adultez a un tiempo, que estalla entonces con ira ante un mundo que no comprende, que no le escucha. Ni tampoco es la lucha sin tregua con la negación, ya se trate del flirteo que supone el primer contacto con las drogas, la temeridad o cualquier otra insinuación del abismo. No, estas actitudes no perduran, incluso se sustituyen generalmente, al llegar la madurez de quien las detenta, por conductas e ideas opuestas a las que antes sostuvo. Divierte ver al mozo de izquierdas envejeciendo al calor de la derecha.<sup>13</sup> La

---

<sup>12</sup> El peculiar maridaje que se puede establecer entre la cultura y la barbarie no es, ni mucho menos, novedoso: ahí está el notable precedente de Benjamin. No obstante sí lo es el que haya visto la luz con el correr de la pasada centuria, sin duda porque los desastres de entonces propiciaron la justa denuncia a todo lo que se relacionaba con ellos. El hecho cultural, de suyo neutro e imparcial (según sus apologistas) ante las barbaridades humanas, también quedó en la picota. Personalmente me impresionan las no lejanas semejanzas que hay entre los horrores que pintó Dante y las atrocidades de los campos de concentración nazis. ¿Se trata de una simple analogía o hay una relación causal entre ambos fenómenos? ¿Cómo garantizar el valor de una tradición que ha de convivir con el exterminio? ¿No debiéramos empezar otra vez, partir de cero?

<sup>13</sup> La transición española fue fecunda en lo que se refiere a esas peculiares evoluciones ideológicas, que parecían encaminadas a devolver la influencia perdida a los gerifaltes de antaño, ya con la falsificación de sus credenciales políticas por mor de la nueva corrección (el caso de Fraga), ya como requisito insoslayable para acceder a la entonces incipiente democracia (el de Carrillo). El tránsito de la extrema izquierda, aun con veleidades revolucionarias, a una no menos abrupta reacción es uno de los datos más curiosos de la vida pública de este país, y se constata entre intelectuales (Jon Juaristi, Gabriel Albiac, Fernando Savater sobre todos ellos),

rebelión prende por otros motivos, la inspiran fenómenos distintos. Surge con la constatación de una injusticia que, lejos de corregirse, se presenta como justa, la única entre cualesquiera alternativas precisamente porque estas últimas, como ya se dijo, no se dan. Es el resultado de una desafección íntima, del convencimiento de que la historia se puede escribir de otra manera. Está en saber que hay un bienestar culpable, una injusta apatía. Caben alternativas al libre mercado, la empresa no ha de ser necesariamente la unidad económica básica; es posible potenciar el papel de organizaciones horizontales y basadas en la igualdad, verbigracia las cooperativas, hacer de la enseñanza un elemento crítico, no subordinado a los intereses sociales, y divorciar a los medios de comunicación del poder (sea éste cual fuere: lo justifican y enaltecen). Es, desde luego, utópico, puesto que, cuando nos rebelamos, ofrecemos su carta de naturaleza a arduas fantasías, mundos imposibles. Lo contrario es la actualidad, vivir el día a día con resignación, a la espera de increíbles milagros financieros y poniendo a una sola carta la existencia casi por entero. La capacidad para revolverse violentamente crecerá de forma proporcional a la omnipresencia de la injusticia. Es lo que suele calificarse como desesperación.

---

periodistas (Federico Jiménez Losantos), políticos (Josep Piqué) y otros tantos. Estos giros –o bucles– tienen algún paralelismo con el rechazo mediático de individuos que parecen oponerse al sistema actual rechazando las interpretaciones establecidas del inmediato pasado (estoy pensando en Baltasar Garzón).